

LADISLAO S. BADILLO

Protomártir de la Autonomía*



Clemente Díaz de la Vega¹

Un joven de atrayente presencia era Ladislao S. Badillo. Bajo el pelo lacio –en el que un mechón se rebelaba siempre— la frente mediana amenazó con calzarse alguna vez. Ojos inquietos y penetrantes, sombreados muy de cerca por las cejas atrevidas. La boca un poco sensual armonizaba con la nariz roma, que evocaba sus tiempos de pugilista.

De continente delgado, ágil, flexible. Vestido siempre con modestia, parecía un trabajador de fábrica: sin embargo, era un intelectual y un ideólogo.

Aunque no fue un orador de voz tronante y de actitudes docentes, fue maestro de aquellos alumnos que no habiendo podido pasar el complicado curso de matemáticas, se acogían a él para que los preparara, en las tardes color ladrillo del Instituto. Apóstol de la cátedra que nunca recibió estipendio por desempeñarla. Esa voz, delgada pero convincente –que sabía los secretos de la entonces exacta ciencia—en la tribuna se volvía grito, admonición, argumento irrefutable.

En aquel año, 1934, en que lo conocimos, animó junto con una pléyade de estudiantes que siempre creyeron en él, una transformación universitaria que tendía principalmente a lograr que la escuela superior fuera al campo, al taller y dejara de ser recinto de privilegios, almacén de ciencia estática y sin proyección externa de contenido social.

Durante las noches de la primera huelga que vivimos con él y que fue para lograr que el gobierno local realizara reformas radicales al

¹ Documento proporcionado por el Ing. Andrés Morales Osorio, cronista de la Facultad de Ciencias Agrícolas.

* UAEM. Sucesivas Aproximaciones de Nuestra Historia. Crónicas de la Universidad Autónoma del Estado de México. Tomo VI.

Instituto, colocándolo a la altura de tiempo y para alcanzar la autonomía que le otorgaría la oportunidad de modelar sus propios destinos, con sus propias ideas y sus propios hombres, solíamos, al calor de las fogatas encendidas en las azoteas del plantel, en esas veladas para custodiar el recinto evitando que cayera en manos de la policía que pretendía arrebatárnoslo, cantar las dulces canciones de Guty Cárdenas acompañados de evocadora guitarra, entre sorbo y sorbo de café de olla: mientras la noche estrellada de la provincia y el silencio nos rodeaba de solemnidad, inolvidables pausas que mucho tuvieron de gloria de sacrificio o de ofrenda.

Ladislao S. Badillo fue el líder por excelencia. Sencillo, cordial, organizador magnífico, autodidacta con una buena cultura general animada por un declarado tinte de izquierda: pero no de la izquierda oportunista y puntaje de demagogia, sino con impulso de propiciar entre el pueblo la superación en todos los órdenes, para alcanzar la justicia social, con ímpetu sincero.

Y lo demostró con hechos. Badillo organiza a los estudiantes para el reclamo de la autonomía de su plantel, tanto más necesaria cuanto los desmanes de un gobierno autócrata se hacían cada día más intolerables. Convince a grupos selectos de la Escuela Normal, les hace saber las aspiraciones a que tienen derecho y los incorpora al movimiento. Después habla con los maestros que por aquel entonces apenas intuían sus derechos y no tenían organización sindical de hecho, los convence y los suma también a la causa, poniendo las bases de su futura organización sindical.

Amigo de los obreros recibe de ellos también el apoyo y la simpatía y, con esas poderosas fuerzas, por primera vez en la historia del Estado de México, con un solo frente, da la batalla al Poder Público que no quiere reconocer la necesidad de una transformación social, educativa y política.

Acechado constantemente por la policía del gobierno, no se arredra. Organiza mítines en las calles, visita las escuelas y orienta mientras da ánimo. Constantemente acuerda con su grupo dirigente discutiendo la estrategia y la táctica a seguir, sin falsas posturas de sabelotodo, escuchando pacientemente las opiniones.

Tan fuerte y justo es el movimiento que todos los sectores del pueblo de Toluca, espiritualmente lo hacen suyo. Dan ayuda a las muchachas de la Normal para que puedan elaborar los alimentos de las internas y de los que permanentemente hacíamos guardia en el Instituto, custodiándolo. Recibe la visita y el apoyo de los organismos nacionales y sus líderes conferencian con él, fortaleciendo las filas y

trabajando en la ciudad de México, para que todo el país sepa de la justicia de las demandas.

Después de sesenta días o noventa, quién sabe, ante la firmeza de nuestra posición, el gobierno acepta pláticas en donde participan también los incipientes dirigentes magisteriales que ha creado el mismo movimiento.

Lo fundamental se logra y, un día, obreros, maestros, campesinos, y el pueblo de Toluca, asisten al mitin de la victoria frente al Viejo Caserón. Día de júbilo, de alegría sin límites, de optimistas augurios y candentes discursos; no obstante, la traición acecha.

24 de mayo de 1936. Allá en el pueblo de Jiquipilco hay una nube de tragedia. Badillo va llegando a la población, le corta el paso un charro de ópera bufa, quién sabe qué altos hilos lo mueven, pero que también, buen esbirro, tiene sus propios odios con quien no ha hecho más que servir al pueblo.

Uribe Ruiz, compañero y amigo del líder, con magistral palabra narra mejor el momento culminante de esa vida toda pasión, entrega, bondad, que el 14 de febrero de 1909 viera la primera luz y que aquel día sería sacrificada:

“Y en su hora cumplida, Ladislao S. Badillo se enfrenta al mito: la historia cumple sus más claros designios por los más extraviados caminos. Fatalista. Temerario. En actitud gallarda y simbólica, puesto que se encuentra de pie y debe mirar hacia arriba. Más no: no es un diálogo. Es, no podría ser otra cosa, un ataque a mansalva. No nos reíamos de ese jocoso símbolo patrio, que dispara a su placer contra un hombre inerme, yerra lamentablemente y para salir del ridículo se ve forzado a echarse encima. Sólo entonces, atropellado por bestia y jinete, Ladislao S. Badillo recibe a quemarropa y a pie firme el impacto brutal, que al seccionarle la médula le hace por fin desplomarse como un trágico muñeco.”

Desde ese momento, empezó a extinguirse la vida de aquel gran líder que no ha tenido paralelo. Cinco días duró su agonía y, el 29 de mayo de ese funesto 36, después de haber sufrido el tormento de largas horas de plena conciencia, casi crucificado, después del horrendo delirio de la fiebre, Ladislao el grande, el amigo, el dirigente, el hombre en toda la magnitud de la palabra, murió.

Ha de pesar siempre sobre la conciencia de los que tenían en sus manos la justicia en aquel tiempo, su sordera sospechosa ya que nada hicieron. El baldón más grande cayó en la conciencia oficial, caracterizándola en la historia. El crimen –no obstante ser patente el

autor del delito, conocido por todos—quedó impune, ensombreciendo el recinto de la justicia provinciana.

Un periódico que se publica entonces en Toluca, el 4 de junio describe así el duelo general que embargaba a la población por la muerte de su malogrado guía:

“Hasta el día siguiente (después del 29) a las cuatro de la tarde, su cadáver estuvo expuesto en el Salón de Actos del Instituto, donde a la hora indicada tuvo principio una ceremonia fúnebre en la que tomaron la palabra representantes del sector estudiantil, del Bloque de Maestros, del cuerpo docente del plantel citado. Después, precedido por el estandarte de la Cámara de Trabajo, y bajo un sol que chorreaba plomo, el cortejo fúnebre se arrastró penosamente con rumbo al panteón general, seguían los restos del desaparecido, llevados en hombros por sus compañeros y parientes. Abatidos por la tragedia, los maestros, los obreros, los estudiantes, integraban el séquito silencioso, entre profusión de coronas y estandartes, el del Instituto y los de algunas organizaciones sindicales...”

Nunca vimos un sepelio más concurrido y más solemne. Varios kilómetros iba recorriendo lentamente el cortejo como demostración patente de que la obra de Ladislao S. Badillo había sido comprendida y aquilatada por el pueblo todo, que, con esa actitud, le dio su más alta validez a la lucha por la autonomía universitaria.

En nuestra memoria y en el de todos los que vivimos aquella etapa de la vida, queda nitida la limpia figura del líder y nos punzará siempre la impunidad del crimen.

De vez en cuando, con profunda tristeza, acude a nuestra mente el canto querido de Guty que, Ladislao, ajeno a la tragedia que le esperaba, conmovido y nostálgico, cantaba con nosotros en las noches de huelga, mientras su voz doliente se perdía en el ámbito claro de la amada ciudad.

“Di, cabecita loca, ¿qué estás haciendo?

Sacude esa melena que me enamora:

No provoques mis celos con esa sorna,

Di, cabecita loca, ¿qué estás haciendo?...”